

LA COMUNICACION

Dr. Armando Hinojosa*

El psicoterapeuta trabaja con sus pacientes básicamente a través de la comunicación, por lo que es importante que nos ocupemos en recordar cómo se lleva a cabo ésta. Sabemos que el proceso de la comunicación se produce principalmente por medio del lenguaje, pero no solamente a través de éste, al menos en su sentido estricto. En los primeros tiempos del psicoanálisis, el ideal de la comunicación era meramente verbal (en cuanto se abandonó el procedimiento de colocar la mano sobre la frente del paciente), pero el desarrollo del estudio de otras formas de comunicación no estrictamente verbales, aunque algunas de ellas estén contenidas en el mismo proceso del habla, demuestra que tanto la personalidad del analista como la del paciente pueden manifestarse intensamente de maneras diversas, y que a la larga llegarán a conocerse muy bien aunque estén separados por una cortina que impida que se vean uno al otro.

La comunicación consiste sustancialmente en el traslado o transferencia de alguna clase de información de un lado hacia otro (1). Para comprender este proceso tomaremos algún modelo que lo explique. El más aceptado considera un *emisor* que produce y comunica un mensaje a un *receptor* a través de un canal de comunicación. El mensaje queda inscrito dentro de un contexto lingüístico o circunstancial bien determinado. Para que el mensaje emitido por el emisor pueda introducirse en el canal de comunicación, éste deberá ser codificado, o sea, reducido a signos. Estos contienen el mensaje y pueden ser de naturaleza lingüística o de cualquier otro tipo, como los tan citados signos del alfabeto Morse, las señales de tránsito, los símbolos culturales o los llamados indicios (2).

El signo tiene dos caras: una de ellas es el aspecto llamado "significante", que consiste en el soporte material del signo o lo que se ha llamado su sustancia. La otra cara está constituida por el significado que tenga, pudiéndose decir que un signo es a la vez, "él mismo" y otra cosa a la que representa. El soporte material del signo "mesa" es una cadena sonora compuesta de una sucesión de los sonidos y ruidos: M E S A. El soporte material de una señal de tránsito podrá ser un sistema de luces multicolores; el soporte de un símbolo cultural podrá ser el dibujo de una cruz que nos remita a su sentido; la flacidez del rostro de una persona deprimida, será el soporte del signo que nos comunique un significado clínico.

A través de la cosificación podemos asociar un determinado soporte o significante con un determinado sentido y entonces el signo queda constituido. El sistema de signos constituye un código que puede estar formado por signos lingüísticos o de otra naturaleza. Dado que la función de un canal consiste en trasladar un mensaje codificado, su naturaleza deberá ser adecuada a la de los significantes codificados. Por ejemplo, si se trata de un mensaje que deba ser percibido a través del oído, el canal de la comunicación deberá ser de naturaleza sonora, ya que el soporte de los signos comunicados es de naturaleza fónica.

Se han creado códigos suficientemente precisos para las diversas ciencias, de modo que la comunicación sufra

poca pérdida por perturbación o ruido en el circuito; pero en la comunicación psicoterapéutica el ruido suele ser muy grande y la necesidad de redundancia es un recurso obligado. Aparte de las perturbaciones emocionales de la situación terapéutica, que repercuten tanto en el paciente como en el terapeuta (y éstas pueden ser advertidas en el momento mismo en que suceden), resulta que nuestro lenguaje significa el registro verbal de la experiencia vivida y por lo tanto nunca es igual en dos personas, aunque hayan convivido, si entre ellas no ha habido la comunicación suficiente. Por lo mismo, al iniciar un tratamiento debemos ser muy cautos en nuestras comunicaciones ya que en ese momento ignoramos la forma en que el paciente va a comprenderlas y puede suceder que produzcamos con ellas un sentido muy diferente al que fue nuestra intención causar. Todos sabemos que al principio dos desconocidos pueden tener problemas para entenderse o, por el contrario, descubrir que se entenderán muy bien; pero de cualquier modo, cuando las cosas marchan, a lo largo del tiempo pueden llegar a entenderse con muy pocas palabras, a veces con un simple gesto o una mirada. Esto quiere decir que la comunicación es tan directa y carente de ruido que la redundancia se ha vuelto innecesaria. La cantidad de experiencias convividas, comunicadas y percibidas de semejante forma de relación, ha facilitado la identificación de las personas, ya sea que se trate de un grupo, de una pareja de amantes, de amigos, de un discípulo y su maestro, y en forma muy importante para nosotros: del terapeuta y su paciente. Cuando no hay complicaciones, las horas de análisis transcurridas van facilitando más y más la comunicación, la cual será cada vez más libre y familiar. Esto puede formar una parte muy importante de la transferencia y de la contratransferencia, pues al romperse las barreras del aislamiento, el sentimiento de soledad se anula y la interrelación se intensifica.

Sería iluso pensar que en la realidad, y más aún dentro de la realidad psicoanalítica, las cosas suceden de manera esquemática y sencilla. Entre el proceso inicial de la comunicación y el proceso final de la recepción del mensaje suelen surgir muchas perturbaciones en la transmisión, a las cuales se les llama *ruido*. Por ruido debe entenderse toda perturbación de cualquier naturaleza en el proceso de la comunicación. A causa del ruido, el mensaje llegará distorsionado y empobrecido (3).

Sin embargo, este inconveniente puede reducirse mediante la llamada *redundancia*. Un signo es redundante cuando no aporta nueva información, pero puede reforzar o clarificar una comunicación perturbada por un exceso de ruido. Si decimos por teléfono la palabra "gato", y ésta no se ha oído bien, podemos decir "g" de "gota", "a" de "amo", etc., y evitar con esta gran redundancia el error en la transmisión. Pero la redundancia significa también un desperdicio de tiempo y de energía que debe reducirse al mínimo. Este tosco ejemplo puede llevarnos a otro más fino, el de la comunicación psicoanalítica, en la cual una interpretación difícil de comprender puede acompañarse de explicaciones o palabras redundantes pero útiles, para que el paciente comprenda plenamente el mensaje. La

*Profesor titular del Depto. de Psicología Médica, Psiquiatría y Salud Mental de la Facultad de Medicina, UNAM.

habilidad del terapeuta para comunicarse dará la norma para el uso de su habla. Mientras más se use una palabra y más probable sea su aparición, mayor será su frecuencia y menor la información que contenga, pues ésta va en relación inversa con la probabilidad, lo que nos explica el desgaste y la poca utilidad del uso del lenguaje técnico en la comunicación con nuestro paciente, a quien el uso frecuente de palabras tales como "complejo", "inconsciente" y otras de este estilo, acaban por no decirle nada. Más tarde veremos qué tipo de mensaje es el que más nos ayuda a influir sobre nuestros pacientes.

Cuando se le habla a una persona, se le envía un mensaje, y este mensaje tiene una finalidad que se limita a tres funciones: se habla para informar, para interrogar o para dar una orden. También se puede hablar a otro para tomarlo como testigo de sí mismo, de sus propios pensamientos y emociones, como una especie de *alter ego*.

La información tiene un sentido, un valor y una magnitud. El sentido no está contenido directamente en el mensaje, sino que tiene un carácter social y consiste en el efecto que deseamos lograr dadas las circunstancias en que se emite. Esto significa que se deben tomar muy en cuenta las circunstancias y características tanto de la situación como de la persona a la cual se dirige el mensaje. No tiene igual sentido la comunicación destinada al cantinero y frente a la barra de un bar: "Quiero una Cuba libre", que las mismas palabras pronunciadas en el contexto de un discurso de Fidel Castro dirigido al pueblo. El valor y la magnitud consisten en el uso que el que escucha pueda dar al mensaje comunicado y a la improbabilidad del hecho contenido en la información. La información acerca de un hecho poco importante será de escaso valor aunque sea improbable, pero si la información se refiere a un hecho relevante y poco probable, su valor será muy grande. Como por ejemplo: "va a nevar fuertemente en medio del verano". Ahora bien ¿cuál es la relación de este hecho con la comunicación psicoanalítica? No se trata precisamente de que se comunique al paciente un hecho muy improbable acerca de su psiquismo, sino que por serle muy desconocido o por pertenecer a su inconsciente, resulte sorpresivo y dotado de relevancia por lo que pueda implicar en su vida.

El terapeuta trabaja en cuatro dimensiones. La primera es la de su experiencia personal como ser humano altamente concientizado de sus procesos mentales a través de un largo y cuidadoso análisis didáctico que le facilita tener a nivel preconsciente un abundante material que a casi todas las personas no entrenadas les es inaccesible. Este bagaje le permite establecer relaciones con el material del paciente y ver con mayor claridad lo que en él sucede, aunque existe también el peligro de que si no es suficientemente objetivo, proyecte o distorsione la realidad. La segunda es que trabaja de acuerdo con un marco teórico de referencia que ha aprendido durante su entrenamiento y que no puede ni debe permanecer estático, sino en constante evolución a través del estudio teórico y práctico de sus lecturas y seminarios así como de sus propios descubrimientos, aunque éstos no sean trascendentales. La tercera es que cuenta con el material proporcionado por el grupo de pacientes que ha ido tratando a lo largo de su desarrollo profesional, lo que suele constituir una fuente riquísima de conocimientos que amplían su experiencia. Por ello, generalmente se prefiere a un terapeuta no muy joven, pues al igual de lo que sucede en otras profesiones tales como la de historiador y aquéllas que requieren "haber visto mucho" y desarrollar un buen criterio, el terapeuta necesita, más que otros, no asombrarse de nada y aceptar lo que Adorno dijo en su famosa

frase: "En psicoanálisis nada es cierto, excepto las exageraciones" (4). Y la cuarta, el saber dirigir este acervo al material que nos comunica con el paciente, que es el elemento sobre el cual vamos a trabajar.

La comunicación será bidireccional, y por lo tanto es necesario que el paciente desarrolle también una buena capacidad para recibir y comprender nuestro mensaje, lo cual constituye otra dificultad en la que el analista debe poner mucha atención y mucho esfuerzo. El lenguaje que empleemos para escribir un artículo técnico sobre psicoanálisis será uno, y otro, completamente diferente, el que empleemos para comunicarnos con nuestro paciente, por adocinado que esté. Recordemos que en las diversas ciencias se ha creado un lenguaje específico para expresar los mensajes con la mayor precisión posible y un metalenguaje para hablar acerca de él, pero aunque en este segundo punto la psicología trata de hacer lo mismo, en el acto de la comunicación terapéutica no sólo no podemos utilizar este lenguaje preciso, sino que debemos prescindir de él en muchas ocasiones a causa de la insuficiencia del lenguaje ordinario para expresar nuestras reacciones al material que nos ha sido transmitido.

Sabemos que en los inicios del psicoanálisis se creía en el ideal de que el analista se mantuviese como un espejo en el cual pudiesen proyectarse las fantasías del paciente* (5). En algunas escuelas aún se mantiene esta idea. Freud aducía dos razones principales: una de ellas era su conocida incapacidad para soportar durante horas la vista de una persona de frente; la otra, de orden teórico, ha sido que si el analista se muestra al paciente, este puede observarle y conocerle más fácilmente tal cual es, y en este caso, la formación de la transferencia se ve estorbada, puesto que se establece una relación con la realidad del analista como persona y no se produce la fantástica relación transferencial, sobre la cual deberá trabajar el analista. Más tarde veremos cuán iluso resulta esto, porque las personas fácilmente suelen deformar catatímicamente su percepción de las demás a un grado tal, que uno de los principales problemas de las relaciones interpersonales consiste precisamente en la casi imposibilidad de conocer y relacionarnos con lo que otra persona realmente es. Nuestros intereses y afectos perturban de continuo la comunicación y por más que creamos haber superado el narcisismo, en la realidad vivimos como inmersos en un sueño poblado de fantasmas.

Para comprender mejor algunas peculiaridades importantes del lenguaje verbal, vehículo principal de comunicación en el proceso psicoterapéutico, debemos revisar algunas nociones acerca del lenguaje, de la lengua y del habla, porque tienen peculiaridades que solemos descuidar y por ello escapan a nuestro manejo consciente. Cuando pensamos en el acto de hablar, habitualmente nos referimos a la laringe y tomamos todo el fenómeno de una manera simplista, a veces al grado de que algunos conductistas han definido al pensamiento como "un comportamiento laríngeo subvocal", con lo cual muestran no solamente pasar por alto los más sutiles, característicos y complicados procesos del pensamiento y del habla, sino también el desconocimiento completo de los mecanismos fisiológicos del lenguaje.

Resulta impresionante comprobar que ninguno de los órganos de la fonación está fisiológicamente destinado al lenguaje. Su función biológica original es la de comer, respirar y excepto por las cuerdas vocales, que solamente son capaces de emitir sonidos más o menos musicales, los llamados órganos de la fonación no son más que adaptaciones de los elementos útiles para la comunica-

*Esta técnica hizo obligatorio el uso del diván.

ción auditiva. De este modo utilizamos la lengua, los dientes, el paladar duro y blando, la glotis, etc., para producir unidades lingüísticas no significativas en sí mismas aisladamente, pero que pueden articularse y a las cuales se ha dado el nombre de *fonemas*.

Puede decirse que el lenguaje es una pura creación humana originada en su carácter social y cultural (no tomamos en cuenta, por supuesto, el lenguaje rudimentario de los animales superiores, si es que existe). Esto nos explica la diversidad de las lenguas, la búsqueda y hallazgo de los fonemas que pueden usarse articuladamente para formar las palabras que constituyen ya unidades significativas, aptas para la comunicación verbal con pronunciaciones y acentos variados según la lengua a que pertenezcan, pero desarrollándose conforme a normas generales. Pueden utilizarse sonidos o ruidos en los cuales la laringe no interviene, como son los llamados "clics", y órganos tales como la nariz o el pecho a modo de "resonadores", que definen de una u otra manera el hablar.

¿Por qué hablar con la boca y los órganos respiratorios? Es cierto que se pueden inventar lenguajes gesticulatorios y de otro tipo, pero nada tan cómodo como usar tales órganos que dejan libres las manos y los ojos y permiten otras actividades que pueden ser continuadas sin interrupción. Es probable que ésta sea una de las razones principales por la que todos los grupos humanos desarrollaron lenguajes con características semejantes, recurriendo a la gran agilidad y economía que proporcionan los fonemas articulados. Dado que cada una de estas unidades lingüísticas no significa nada por sí misma, adquiere gran movilidad para realizar una enorme cantidad de combinaciones, principalmente en dos formas de articulaciones y obedeciendo a leyes generales; de esta manera la composición de una lengua propicia y concede una gran libertad a la expresión con un escaso número de fonemas.

En la mayoría de los alfabetos, con menos de treinta letras se puede formar toda clase de palabras articulando un fonema con otro, pues cada fonema no tiene significado variable sino fijo, y sólo se significa a sí mismo. La letra "a", significa solamente el sonido "a". Por lo tanto, puede articularse con cualquier otro para formar una unidad significativa que nos comunique algo. "C" no significa nada más que su sonido e igual pasa con "a" y con "s", pero articulando unos fonemas con otros, formamos la palabra "casa", plena de significado. Si cambiamos el último fonema "a" por "o", esta articulación alterará el significado de la palabra y el mensaje será diferente. Esta es la primera forma de cómo, mediante un escaso número de signos, podemos expresar una multitud de pensamientos con gran economía de esfuerzo.

Pero la flexibilidad del lenguaje es tan grande que permite también variar la articulación de las diversas palabras que componen una frase, aun sin variar la estructura de ésta. Podemos decir, por ejemplo, "mañana llegará mi hermano", o cambiar la última palabra de la frase diciendo "mañana llegará mi equipaje", con un sentido totalmente diferente al de la frase anterior. Estas características son comunes en todas las lenguas y debemos tomarlas en cuenta, principalmente con dos finalidades: la primera es la posibilidad de expresión de casi todo en casi todas las lenguas; la segunda es para tomar en cuenta las variaciones que las diversas lenguas y la manera de usarlas pueden producir. Saussure propone dividir los signos en motivados e inmotivados, según tengan o no alguna relación con un vínculo natural. Una balanza puede simbolizar a la justicia por la idea de equilibrio que evoca, pero los signos que usamos, en su mayoría, aunque algunos

pudieran haber tenido algún vínculo natural en su origen, no muestran ninguna vinculación natural y resultan completamente arbitrarios. Su abstracción hace que deban ser totalmente aprendidos y usados según las circunstancias lo requieran, siguiendo complicados procesos de selección y de combinación. En los sueños suelen aparecer conjuntos de símbolos condensados y más cargados de significado de lo que estamos acostumbrados a tomar en cuenta en la realidad diurna. Una cadena rota y un ojo pueden asociarse tomando forma de triángulo y rompiendo todas las reglas de la expresión ordinaria consciente. Se ha dicho que se trata de otro tipo de lenguaje. Fromm le ha llamado "el lenguaje olvidado"; Lacan (8) enseña que el inconsciente se estructura como un lenguaje y lo mismo se ha dicho de otras formas. Lo importante es advertir que la simbología del inconsciente contiene un rico mensaje que habitualmente no sabemos comprender y que requiere un cuidadoso proceso de análisis para poder comunicarnos con esta importante parte de nosotros mismos (El Otro).

Debemos recordar que, según la teoría freudiana, en el inconsciente no hay representaciones verbales en el sentido lingüístico de la palabra, pues cuando surgen las palabras, por ejemplo, en los sueños, no suelen tener el sentido ordinario que en la vida vigil se les da, y deben, por lo tanto, ser interpretadas de acuerdo con el repertorio de vocablos a nuestra disposición. Puede decirse que la lengua considerada como un código, puede compararse con un repertorio. La *sinonimia* nos da una mayor riqueza expresiva, mientras que la *polisemia* puede causar confusión. En la selección y composición de los elementos del código del lenguaje se muestra la personalidad del hablante: su estilo; y esta es una de las razones por las que la ocultación de la persona del analista resulta ilusa. De cualquier modo, descubre su personalidad en forma quizá más íntima que si se mostrara de frente.

De esta manera, el preconscious significa una especie de barrera o aduana donde se detiene la irrupción del inconsciente, que según Freud sólo puede pasar a la conciencia, verbalizado, excepto cuando se trata de las emociones, que pueden pasar directamente a la conciencia sin pasar por el preconscious. Así, por ejemplo, nos sentimos alegres, tristes, enojados o deprimidos sin que a veces sepamos por qué. En el caso de las alucinaciones pasaría algo semejante. Las imágenes simbólicas del inconsciente pasarían directamente a la conciencia sin crítica ni inicio de realidad. Esta teoría, a pesar de lo que ahora sabemos de las causas orgánicas de la mayoría de las alucinaciones, sigue resultando sumamente ingeniosa para explicar el mecanismo psicológico de su manifestación.

Los contenidos del inconsciente deben ser traducidos desde su nivel primitivo y simbólico hasta el lenguaje verbal de la vida preconscious, para hacerlos accesibles a la conciencia. Mientras soñamos, estamos pensando, pero no solamente lo hacemos fuera de las categorías ordinarias del tiempo y del espacio, sino que nos representamos las ideas mediante formas diferentes, que suelen ser irreconocibles en su significado cuando estamos despiertos. Según la teoría freudiana, en el inconsciente hay símbolos que a causa de la represión no pueden surgir a la conciencia a menos que se realice una labor analítica. La persona sabe y no sabe al mismo tiempo. Pongamos un ejemplo: un joven estudiante de ingeniería va a corregir su trabajo con un connotado maestro de gran éxito social y por la noche sueña que pide trabajo en su despacho y es aceptado. Sin embargo, el despacho en que se realiza el sueño no corresponde a la realidad, sino que es pobre,

hecho con feos y anticuados materiales y en forma de cabaña. Al examinar el sueño, el analista le dice: "el sueño se realiza en un ambiente decadente". "¡Esto es, yo ya lo sabía!", comenta el paciente, "había llegado a pensar que aunque el ingeniero X es un gran maestro, no lucha por estar al día, no es inquieto y se limita a hacer las cosas muy bien, pero no crea nada nuevo". La palabra "decadente" fue el enlace clave para que se entendiera a sí mismo y se explicara su estado de ánimo entre eufórico y desilusionado, variable e incomprensible, porque tenía y no tenía a la vez lo que realmente andaba buscando. Una palabra mágica, colocada en su conciencia, había servido de enlace para dar sentido al resto de los símbolos que flotaban en su inconsciente, impedidos de surgir a la conciencia a causa de la represión que la figura del gran maestro lo obligaba a realizar. La representación lingüística puede funcionar como la luz de la conciencia sobre el inconsciente. De este modo, puede apoderarse de elementos antes inconscientes y traerlos a la conciencia a voluntad.

La verbalización del inconsciente dará una gran importancia al análisis del lenguaje sin llegar a las exageraciones y sutilezas estériles de algunas escuelas que poco han agregado al conocimiento profundo de la mente. Sin embargo, la forma de estructurar el lenguaje y su contenido suele ser uno de los medios de expresar lo que somos.

Se ha dicho que cuando el oyente escucha (9), su atención sigue dos direcciones principales: una se dirige a captar el contenido del mensaje y la otra a conocer la personalidad del emisor. Esto último no es muy sencillo de explicar. Martinet nos recuerda que, aunque la formación de un lenguaje es arbitraria y podemos tomar los signos para componer nuestra propia manera de hablar, aun dentro de un mismo idioma, dos sujetos que hablan no tienen necesariamente el mismo comportamiento lingüístico. Aquí entra la selección de las palabras y la formación de las composiciones necesarias para hablar, componiendo nuestros enunciados expresivos y tomando en cuenta, entre otras cosas, que existen la sinonimia, o sea varios significantes que pueden tener el mismo significado; y la polisemia, es decir que un solo significante puede tener diversos significados.

Cuando vemos algunas peculiaridades del habla, notamos cómo en el acto de hablar no interviene solamente la palabra en su sentido abstracto, sino que el habla, en lo concreto, expresa mucho más de lo que el puro discurso lingüístico contiene. Al oír hablar, escuchamos no solamente las series de fonemas articulados que forman el lenguaje, sino que también distinguimos si la persona que nos habla es niño, hombre o mujer, su estado de ánimo y mucho de su personalidad; lo que se realiza a través de las variaciones en el tono, el volumen y el timbre, la rapidez y los cambios de entonación que forman parte accesorio, pero muy importante, de la comunicación verbal. De este modo, el escucha puede saber mucho de la personalidad del hablante, a veces aun cuando le esté mintiendo. Por lo tanto, resulta ingenuo pensar que en la comunicación psicoanalítica, el analista permanezca como un espejo sobre el cual se proyecte la fantasía del analizado. La personalidad del analista puede conocerse perfectamente por este y otros medios y el pensar que permanece escondido es tan pueril como ocultarse tapándose los ojos con las manos.

Romain Rolland ha dicho con gran acierto que el estilo es el hombre. Mucho se ha discutido acerca de lo que es el estilo, lo cual indica la dificultad tan grande que causa definirlo. Todos tenemos nuestra personalidad, nuestra peculiar manera de ser y ésta se muestra de manera más o

menos intensa en nuestra forma de hablar. No me refiero solamente al tono, timbre y manejo de la voz, es decir a la parte sonora, sino a la peculiaridad con que seleccionamos determinados vocablos, componemos nuestra habla y nos expresamos de acuerdo a lo que somos. Ciertos grupos étnicos tienen su estilo de hablar como grupo, por ejemplo, los campesinos de determinada región o la gente de algún barrio de la ciudad, pero aun así, cada sujeto conserva su propio estilo y se comunica abundantemente a través de él. Mediante la captación de este estilo, la personalidad va siendo conocida, y después de un cierto tiempo de oír hablar, podemos saber con mayor o menor claridad quién y cómo es la persona que se comunica con nosotros. En esto no hemos incluido el contenido del habla, es decir, el mensaje, sino que sólo hemos pensado en la manera de componer y realizar la codificación de nuestros contenidos mentales, en lo cual participan en forma determinante los valores estéticos del hablante. Esta clase de valores va envolviendo y conteniendo el mensaje en cuanto a su forma y constituye una parte fundamental de la comunicación que habitualmente se ha dejado sin analizar.

Esto acaba por dar al traste con la idea de que el analista debe funcionar como un espejo en el que se reflejen las fantasías del paciente. Resulta completamente iluso pensar que el terapeuta pueda desempeñar en esta forma su papel. Tendría que abstenerse de hablar.

Pero esto, como ya lo dijimos, no significa que el paciente no pueda proyectar su visión fantástica del analista, pues lo hace aun teniéndolo enfrente. Si el paciente tuviera la suficiente objetividad para conocer y situar adecuadamente a su analista, probablemente nunca hubiera tenido la ocurrencia de recurrir a él, ya que tal grado de objetividad es un agregado inevitable de madurez del carácter. Así pues, lo más importante consiste en estudiar y conocer a fondo las modalidades del mecanismo de la comunicación para manejarlas y utilizarlas con el mayor fruto posible, en vez de negarlas y trabajar de manera equivocada por ilusa.

También podemos suponer que cuando hablamos para nosotros mismos, pensamos en palabras, detrás de las cuales se agita un mar de pensamientos y emociones de mayor o menor precisión, pero que nunca se reducen a la estructura lineal del significante y el significado. Aparte de que un significante pueda tener significantes varios, de que la comunicación pueda lograrse utilizando gran variedad de signos, de las situaciones en que se produzca la comunicación y de que la polisemia sea la regla, no se pueden establecer prácticamente todos los sentidos que puede tener una palabra.

Zipf (1) ha establecido una ley muy interesante: si se toma en cuenta la frecuencia con que una palabra aparece en un discurso, se puede trazar una curva de frecuencias de regularidad suficientemente constante en cuanto a la disminución de la probabilidad de aparición de una palabra dada, con lo que no sólo se puede predecir el lugar con que una determinada palabra aparecerá en la curva, sino también la importancia que tendrá en cuanto a su significado y a la trasmisión de un mensaje valioso, ya que una palabra es tanto más significativa cuanto menor es la frecuencia con que aparece. Naturalmente que una palabra tal como "célula" siempre es muy importante en el lenguaje de la biología, pero si de pronto aparece una palabra nueva que determina una especie de célula en particular, esta nueva palabra adquiere especial relevancia, por la aportación que su mensaje implica.

La expresión verbal tiende a la economía. Aunque con excepciones, se usa la forma más económica de comuni-

carse, tanto por parte del hablante como del oyente, evitando todo el exceso de redundancia que tienda a compensar el ruido que puede perturbar la comunicación y a lo que tradicionalmente se ha llamado "resistencias". Recordemos aquí de nuevo la famosa expresión de Freud de que solamente solemos escuchar a las personas que amamos y a no hacer caso de las que no queremos, y además, el hecho de que estemos dispuestos a oír los consejos o las sugerencias que van en la dirección de nuestros deseos y a no tomar en cuenta los que nos desagradan o nos desvían de nuestros impulsos. Se ha dicho también (10) que el hombre percibe lo que espera y desde el punto de vista del lenguaje, espera lo que puede prever gracias a su entrenamiento fonológico. De este modo, se requiere una gran paciencia y habilidad para lograr cada vez más una comunicación verdadera y profunda con el paciente. El habla del psicoterapeuta no tiene solamente la función expresiva, sino fundamentalmente la de influir sobre el analizado, informarle, informarse o producirle un determinado estado de ánimo.

Dado que aunque un grupo de individuos hable la misma lengua, su conocimiento y uso de ésta es sumamente variable, la calidad de vivencias que se estén produciendo en el hablante y en el oyente pueden ser muy diferentes. Un sencillo ejemplo de esto es la diversa emoción que producen ciertas palabras "groseras" entre los hablantes de determinado grupo y la indiferencia con que ingenuamente las pueden pronunciar hablantes de otro grupo que no tengan la experiencia de asociarlas con la idea de grosería. Esto nos puede servir de recordatorio para no olvidar nunca el efecto que nuestras palabras puedan estar produciendo en el paciente, que puede ser distinto al de nuestras intenciones. Ni siquiera podemos tener la seguridad dentro de nosotros mismos de que exista armonía entre nuestro pensamiento y nuestro lenguaje. Este paralelismo ha sido definitivamente abandonado. Solamente en lenguajes técnicos puede una persona acercarse al nivel de la precisión. En psicología psicoanalítica se maneja cada vez más el lenguaje metapsicológico, con lo cual nos acercamos a un nivel de universalidad y exactitud, pero el abuso de este metalenguaje, basado muchas veces en teorías mal comprobadas, puede ser también causa de mucho ruido y confusión. Se ha insistido muy poco en las definiciones de carácter lógico y cabe mucha duda sobre qué estará entendiendo cada lector o practicante cuando lee o escucha algunos de los artículos, hoy tan en boga, que hacen gala de oscuridad y dificultad semántica, para descubrir un mensaje que pudo haber sido dicho de un modo directo y sencillo con sólo aumentar la precisión y la claridad.

El pensamiento no está necesariamente contenido en palabras. Las Bellas Artes, la metáfora y la Poesía nos indican claramente hasta qué punto el lenguaje común puede resultar insuficiente para expresar nuestro pensamiento y estado de ánimo. Por esto es que la ciencia positivista y, al menos por ahora, la metapsicología con sus pretensiones de precisión, fracasan cuando quieren explicar los fenómenos psicológicos y del pensamiento en general, a través del examen puramente lógico de la estructura del lenguaje (11). Hemos llegado al punto en que debemos recordar el uso, ya no sólo directo y pragmático del lenguaje, sino como un instrumento que trasciende los usos primitivos para los cuales fue creado. No haremos aquí mención a la forma poética, pero si recordaremos algunas cosas pertinentes, como son la expresión de la personalidad ya mencionada a propósito del estilo y la metáfora.

Durante un proceso psicoterapéutico, la comunicación

va abriendo canales cada vez más amplios, abundantes y sin ruido entre analista y paciente. La doble corriente de ida y regreso es cada vez más fácil mientras se produzcan en mayor grado dos fenómenos: el vencimiento de las resistencias y la formación de la transferencia positiva. En cuanto a la forma negativa de la transferencia, suele ser causa de mucho ruido y debe eliminarse en cuanto sea posible para facilitar la comunicación. Y en cuanto a la positiva, ya sabemos en qué alto grado puede facilitar la recepción del mensaje; pero será desfavorable en cuanto perturbe la percepción de la realidad del terapeuta y se convierta, por lo tanto, en una resistencia, ya que en la ilusión que se fabrique el paciente sobre el analista podrán proyectarse todas sus fantasías y la realidad quedará de nuevo distorsionada. Pero es bien sabido cómo se convirtió esta fuente de resistencia precisamente en el arma más poderosa de la lucha por la curación, pues en este terreno tan recorrido es donde se desarrolla mejor el tratamiento, como si fuera una reacción química, según la expresión del propio Freud.

Durante la reacción transferencial se va produciendo una identificación progresiva del paciente con el terapeuta, lo que ha dado lugar, con poca justicia, a la crítica de que durante el curso de un análisis, el terapeuta trata de conseguir que el paciente se parezca cada vez más a él. Es cierto que durante un análisis, el paciente puede descubrir muchos valores que le resulten nuevos y que le parezca conveniente adoptar, lo que no le va a causar ningún daño. El deseo de adquirir estos valores puede deberse al descubrimiento progresivo de la personalidad del terapeuta, que de ninguna manera puede ocultarse, y que puede traducirse en la capacidad para disfrutar de la naturaleza, de la ciencia, de las artes o de cualquier otro valor que el paciente antes no haya poseído o no haya disfrutado. Pero no hay que olvidar tampoco que el análisis es un proceso dialéctico y que el analista, a su vez, está influido por el paciente, que puede ser también el vector de valores desconocidos o poco apreciados para él, pudiendo enriquecerse a su vez con la mutua relación. Este fenómeno, normal en toda relación humana positiva, nada tiene de negativo y solamente sería destructor si se identificaran o copiaran uno al otro en sus defectos y errores, con lo cual ambos resultarían gravemente perjudicados.

Además, no hay que olvidar que dentro de la teoría del yo, se considera que éste puede tener un desarrollo propio en la llamada área libre de conflictos, o sea que no necesariamente se desarrollará según los principios reconocidos en los albores del análisis. Parece muy real que no todas las áreas del yo estén afectadas por conflictos que deban superarse y que haya de hecho un crecimiento libre y natural que no sea el resultado del vencimiento o de la superación de dificultades (12).

Por lo que se refiere al proceso de identificación, se trata de la utilización de la transferencia para la formación de un carácter diferente, no en cuanto a su estructura y dirección, sino en cuanto a su madurez, objetividad y robustez. Freud ha postulado que el carácter no es otra cosa más que la historia de la serie de identificaciones (13) que una persona ha ido realizando desde su infancia y principalmente en esta época. Las identificaciones tienen el carácter de la reparación y la reconstrucción de aquellos objetos que fueron libidinosamente catetizados por la persona y que luego debieron ser abandonados, dejando el dolor de la renuncia o de la pérdida, que se resuelve mediante la elaboración de un rasgo de carácter en el sentido de la identificación con el objeto perdido.

En el campo del lenguaje, la identificación puede producirse lentamente durante el proceso del análisis a fuerza

de intercambiar la comunicación y “sincronizar” las formas expresivas, los mensajes y el sentido que se les da. Después de algún tiempo, y cuando hay un acercamiento trasfereencial y contratrasfereencial suficiente, ambas personas llegan a poder moverse en terrenos semejantes y coincidentes en muchos aspectos, lo que resulta de la experiencia de pasar muchas horas en constante intercambio psicológico. Creo que éste es uno de los elementos más importantes en la constitución de la transferencia, pues pocas cosas habrá más importantes para un ser humano que poder confiar en una comunicación lo más plena posible, en la que se revelen con la menor reserva los más escondidos secretos de la psique, con la relativa seguridad de ser comprendido, ayudado, respetado y salvaguardado en cuanto al secreto. Esta situación puede anular el sentimiento de soledad en forma igual o mayor que la situación amorosa que se da en la vida real. De aquí el arma de varios filos que resulta de la situación analítica. En muchas obras literarias, revistas y películas se critica burlescamente la ridícula fijación de una persona inteligente y crítica hacia un terapeuta débil o incapaz que tiene a veces fallas más graves que las de su propio paciente, pero se desconoce el hecho fundamental, que es la posibilidad de comunicación tan particular que la situación analítica proporciona.

En el capítulo dedicado a la interpretación y sus formas, se hace referencia a los usos no propiamente lingüísticos del lenguaje, como son el metafórico y el poético, por lo cual no nos ocuparemos en este momento de ellos a pesar de constituir, junto a los metalenguajes técnicos, la más alta forma de expresión que el hombre posee (esto sin considerar como lenguajes a las Bellas Artes). En música se habla definitivamente de una frase, de un pensamiento musical, de una idea. Aunque la música sea “de programa” y pueda tender a imitar a la naturaleza, tiene en común con el lenguaje verbal el valerse de signos arbitrarios: los sonidos y los ruidos que se articulan arbitrariamente y que dan una posibilidad infinita de significaciones. Aunque en la armonía se dan leyes que pertenecen al campo de la física, en la realidad, el lenguaje musical trasciende con mucho estas leyes y posee la capacidad para expresar toda una gama de experiencias psicológicas inexpressables en el lenguaje verbal práctico, es decir, no poético. En algunas obras musicales, relativamente “de programa”, como lo es la Sexta Sinfonía de Beethoven, se da la imagen de una tempestad que deshace una fiesta campestre y que finalmente se disipa, dando lugar a la serenidad de una tarde radiante. Aunque pueden escucharse el fragor de la lluvia y los truenos, se percibe inmediatamente que no se trata de la imitación de una tempestad, ni mucho menos, sino de una composición simbólica y altamente comunicativa de lo que puede experimentarse cuando se está en una fiesta campestre interrumpida por la tempestad, y la serenidad del ánimo que llega después de haber sido sacudido por emociones violentas. Es la experiencia de una tempestad, y no la reproducción de la tempestad, lo que nos es comunicado. J. Joyce utiliza un recurso que tiene cierto paralelo con el anterior, particularmente en el *Ulises*. Cuando en un momento dado del relato se llega a determinado estado psicológico, el relato se disgrega en apariencia, para dar lugar a un párrafo que no parece tener nada que ver con el contenido de lo que se estaba narrando, pero que representa simbólicamente el clima emocional en que se desarrolla lo narrado. Por ejemplo, cuando uno de los personajes de la novela llega a un bar diciendo ingenuamente que acaba de ver a alguien que ha sido enterrado en la mañana, el auditorio se conmueve y la secuencia se corta en

apariciencia, para dar lugar a un largo párrafo en el cual se habla de apariciones, de comunicaciones astrales, de espiritismo y de fenómenos anormales de comunicación con los muertos, tratado todo esto en forma muy irónica y burlesca; o en medio de una conversación sobre Irlanda, aparece una larga lista de árboles que llena ostentosa-mente media página.

Este tipo de comunicación, la más profunda y característica del ser humano, no sería posible sin el uso indirecto y metafórico del lenguaje en todas sus acepciones. Se supone que el niño recién nacido aún no posee un lenguaje y que éste debe ser aprendido (14), por lo que su mente estará llena de las percepciones que recibe tanto del exterior como de su propio cuerpo. Estas imágenes no tienen nombre ni se articulan entre sí mediante los elementos del lenguaje, por lo tanto el bebé “es” sus percepciones. Pero cuando el niño comienza a recordar las imágenes que le representan el mundo exterior, un mundo de símbolos va poblando su mente y con ello logra independencia respecto del tiempo y del espacio. Del espacio, porque ya no le es necesario tener los objetos de la percepción ante sí para representárselos, y del tiempo, porque puede representarse los objetos del pasado e imaginarlos en el futuro, jugando a voluntad con las combinaciones de su fantasía. Los símbolos van adquiriendo relaciones con el lenguaje, de modo que aprende a pensar con palabras, primero en la forma de la palabra aislada tomada como unidad, después, siendo cada vez más capaz de combinar los fonemas para formar palabras, (15) adquiriendo así la facultad de usar este admirable instrumento de la comunicación que es el lenguaje, aunque conservando la tendencia a confundir las palabras con las cosas, como hemos dicho al principio. Más tarde aprenderá los usos no directos del lenguaje, el metalenguaje y el meta-meta-lenguaje, o sea, el lenguaje que se use para hablar acerca de lo que puede hablarse del lenguaje en niveles cada vez mayores de abstracción. En ellos, el ruido se reduce al mínimo y la redundancia se hace innecesaria. La precisión concisa se considera como un rasgo de “elegancia” muy estimable en las ciencias.

Faltaría ocuparse de la comunicación extraverbal, excluyendo de ésta a los lenguajes poéticos y artísticos. Como hay tratados que se ocupan detalladamente de ello, sólo haremos mención a algunas cosas que generalmente nos pasan desapercibidas y que deben recordarse. Nuestra personalidad se difunde hacia todo lo que nos pertenece y de lo que nos rodeamos. Un despacho, desde su entrada y sala de espera, puede causar un efecto agradable, familiar o deprimente; cálido y amable o rígido, convencional o frío. Se advierte la disposición del espacio y de los muebles, los objetos usados en la decoración, ya sea realizada por la propia persona o por la mano del decorador profesional, comenzando a actuar sobre el ánimo del paciente. La persona se expresa por su hábito general y por su manera de vestir a un grado mayor del que solemos imaginar, causando impresiones del más diverso tipo. Se advierte la postura general del cuerpo de manera consciente o inconsciente, y provoca reacciones tanto en el analista como en el paciente. Por ejemplo, una manera de sentarse demasiado descuidada y laxa puede provocar, por una reacción inconsciente, una mayor corrección o cierta rigidez en el otro. Puede asegurarse que durante el curso de una hora analítica, ha habido constantemente un juego de comunicación a través de las actitudes posturales, a través de contrareacciones, imitaciones, identificaciones y otros mecanismos. Recuérdese, y esto es algo muy frecuente, cómo dos personas toman y se llevan casi al mismo tiempo a la boca el vaso o

el cigarrillo, o tosen y se reacomodan. El ocupar solamente la parte delantera del asiento puede indicar que el paciente no se siente con derecho a disponer con libertad de la consulta, puede ser indicio de hostilidad y de deseo de marcharse, mientras que el inclinar el cuerpo y mirar de frente puede ser signo de un deseo de acercamiento y de confianza.

Naturalmente, los gestos y las expresiones corporales son más claros y definidos, aunque de todo, lo más expresivo son los ojos, la boca y los pliegues de la cara. Basta con ver un instante la cara "colgada" de una persona para advertir en seguida su estado depresivo. Como solemos estar bastante conscientes de esto, igual que del tono de nuestra voz, podemos cuidar estas expresiones lo suficientemente como para comunicar lo que creamos conveniente. Sin embargo, tenemos menor control sobre nuestras manos, que se pueden mover con mayor espontaneidad o rigidez, siendo muy importante el estudio de su expresión para su uso como canal de comunicación. Aún somos más descuidados con el resto de nuestro cuerpo, por ejemplo, con nuestros pies, que solemos dejar caer descuidadamente, levantando la punta de alguno cuando algo nos llama particularmente la atención para dejarlo caer de nuevo cuando el momento interesante ha pasado. Las oscilaciones de la pierna cruzada pueden expresar impaciencia. El comportamiento de las piernas en general y el manejo de los vestidos que las cubren suelen revelar la actitud sexual, tanto frente al analista como en general. Habitualmente se manejan todos estos detalles de la

comunicación extraverbal de manera inconsciente, y a veces con mucha intuición y habilidad, pero es mucho mejor que los tengamos al acceso de la conciencia y podamos percibir, por ejemplo, que una persona que está de pie frente a nosotros desea marcharse porque ha colocado una pierna ligeramente adelantada y con el pie desviado hacia afuera, pero sin girar el tronco, y prestándonos aparentemente la mayor atención. Para el estudio de esto remitimos al lector a los tratados especializados en el asunto, entre los cuales los de actuación dramática, mímica y ballet tienen considerable importancia.

Podemos concluir diciendo que el hombre ha buscado intensamente la comunicación, recurriendo a los más inteligentes y sutiles medios de que dispone para hacerlo. La imitación y la identificación de alguna manera están diciendo un "yo te quiero". El máximo de comunicación supone el máximo de coincidencia en experiencias y por lo mismo, en cercanía y abatimiento del miedo y de las defensas. La persona con quien mejor podemos comunicarnos será la que nos dé más compañía y contribuya a anular los sentimientos de aislamiento y soledad. Pero no podemos terminar sin insistir en que ante todo deberemos trabajar por la comunicación con nosotros mismos, para estar más en armonía con lo que somos y en cierto modo, autobastarnos y soportar y aun disfrutar de la soledad, inevitable muchas veces y deseable muchas otras, para realizar determinados trabajos, meditar, estudiar, practicar y disfrutar de situaciones en que la soledad no sólo no es indeseable sino que es indispensable.

BIBLIOGRAFIA

1. GUIRAUD P: Lenguaje y teoría de la comunicación. *Tratado del Lenguaje*, dirigido por A. Martinet, Tomo 1, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1977.
2. PRIETO L J: *Tratado del Lenguaje*, Tomo 1.
3. JAGIT S: *Teoría de la Información, del Lenguaje y de la Cibernética*. Alianza Universidad. Madrid 1972.
4. ADORNO T: Citado por Martín Jay en *La Imaginación Dialéctica*. Ed. Taurus 1973.
5. FREUD S: La dinámica de la transferencia. *Técnica Psicoanalítica*. Biblioteca Nueva, Madrid, 1049, Tomo 2.
6. SAUSSURE F de: *Cours de Linguistique Générale*. París 1915.
7. FROMM E: *El Lenguaje Olvidado*. Librería Hachette, S A, Buenos Aires, 1961.
8. LACAN: *Estudios Lacanianos*, de Oscar Masetta. Ed. Anagrama, Barcelona 1976.
9. BUYSENS E: El lenguaje y la lógica. El lenguaje y el pensamiento. *Tratado del Lenguaje*, Tomo 1.
10. FREUD S: *Observaciones sobre el Amor de Transferencia*. (1915), Biblioteca Nueva, Tomo 2, Madrid, 1949.
11. CARNAP R: Superación de la metafísica por medio del análisis lógico del lenguaje. *Centro de Estudios Filosóficos de la UNAM*, Cuaderno No. 10, México 1961.
12. FREUD A: La Teoría del Yo, de Harttman y la Teoría del Análisis. *Estudios Psicoanalíticos*. Paidós, Argentina, 1978.
13. FREUD S: La aflicción y la melancolía. (1917), *Metapsicología. Obras Completas*. Tomo 9. Santiago Rueda, Buenos Aires 1953.
14. PIAGET J: *Seis Estudios de Psicología*. Barral Editores, Barcelona 1971.
15. ALARCOS LLORACH E: La adquisición del lenguaje por el niño. *Tratado del Lenguaje*, Tomo 3.